

TARDE LII

LA PACIENCIA

Paciente y tranquilo espera
Y sufre la alternativa
Que complaciente ó esquivada
Te acaricia ó desespera.
En tu mente considera
Que tu vida, cual la ajena,
De bienes y males llena
Dispuso la Providencia;
Y que salva la paciencia
Y el necio furor condena.

Muchos dias fué en la granja objeto de la conversacion general la funcion dada por los jóvenes á su padre. Mucho habia agradado á este la composicion de la pieza, que aunque pobre de argumento, tenia un objeto moral y anunciaba un talento precoz en su autor. No obstante, temiendo que llegase á entregarse enteramente á esta ocupacion y por ella descuidase los estudios, le aconsejó que no tomase esta clase de trabajos mas que por puro pasatiempo, pues aunque nada hay mas agradable y penoso que la literatura, es sin embargo una tarea cuyas utilidades no equivalen ni con mucho al trabajo que cuestan.

Hé aquí, hijo mio, añadió Palemon, lo que queria decirte sin amargura ni enfado, y sin pretender imponerte la dura ley de que nada escribas : ¡ no quiera Dios que me aproveche contra ti

de una ocasion que me ha causado tanto placer ! no, amigo mio ; lo que hoy te digo, te lo diria en todo tiempo, porque esto no es mas que hacerte presente unas observaciones generales, que no deben aprisionar tu talento, y mucho ménos en unas ocasiones como, por ejemplo, la de mis dias. En semejantes circunstancias serias un ingrato no sacando partido del talento que tienes ; pero á no ser para tales objetos, te aconsejo que dejes descansar tu lira, pues otros trabajos te ofrecerán ventajas mas sólidas.

Dicho esto abrazó á Leon, el cual conoció el peso de sus consejos, y le prometió seguir en todo su sabio dictámen, sin dejar de la mano un instante sus ocupaciones ordinarias. Padre é hijo se separaban mutuamente satisfechos, cuando oyeron el ruido de una silla de posta que paró á la puerta de la granja. ¡Que alegría tan grande fué la de ambos al ver desmontar á Mr. de Lonchamps acompañado de un hombre muy anciano, pero cuya fisonomía era la mas animada y respetable ! Mr. de Lonchamps abrazó á entrambos diciéndoles : ¡ Ved aquí á mi hombre invisible, mi bienhechor, mi segundo padre ! ¡ mucho me ha atormentado, pero muy grande ha sido la recompensa ! Ea, ¿ cómo están vuestros amables hijos ? este me parece que es Leon : ¡ cuánto ha crecido !

Corrió Leon á avisar á sus hermanos la llegada de este hombre extraordinario, y todos acudieron á recibirle y abrazarle, fijando los ojos en el anciano con la mayor curiosidad. Sabian que pasaria algunos dias en la granja, y esperaban impacientes el momento en que, reunidos en el terrazo, se seguiria la historia del hombre invisible. Llegó en fin este deseado instante, y Mr. de Lonchamps se explicó de este modo :

Continuacion de la historia del hombre invisible.

Voy á dar principio á una relacion que, al parecer, deseáis con ansia oír, y luego suplicaré á mi amigo que la finalice, puesto que se acordará mejor que yo de todas las particularidades. Cuando os dejé, hace un año, volví á Paris, adonde era llamado por órden de mi hombre invisible, que, como sabéis, hacia diez años que me seguia por todas partes, sin que yo pudiera verle. En Paris pues fué donde nuevamente me ocurrieron los sucesos mas raros. Llegué á esta capital, y me alojé en una casa de la calle de Vaugirard, muy cerca del teatro de la Comedia francesa. No ignoráis que nunca me faltaba dinero ni alguna de las comodida-

des de la vida ; y que solo me afligia el sentimiento de ignorar los secretos de mi familia, y no conocer al hombre que arreglaba mi conducta de un modo tan imperioso. Hacia algun tiempo que se contentaba solo con escribirme de cuando en cuando para ordenarme el lugar donde queria que habitase. Suponiendo yo que continuaria viviendo en Paris, tomé un criado, al que no habia tenido por conveniente confiar mis sucesos, como que nada le interesaban, y porque en su boca podia aventurarse el secreto. Una noche de invierno, cuando volví á mi casa, hallé mucha lumbre en la chimenea, porcion de bujías encendidas, una mesa rodeada de cubiertos, y que mi criado se ocupaba en recogerlos. Le pregunté ¿ ha venido alguno ? — Vos lo sabréis. — ¿ Yo ? ¿ cómo ? — ¡ Bueno es por cierto convidar á las gentes y no parecer ! — Pues yo ¿ á quién he convidado ? — Creo que á un anciano muy respetable : dice que es pariente vuestro ; y si dijera que padre, lo creeria, segun lo mucho que se os parece. — ¡ Válgame Dios !... ya sé quién es... ¿ á qué hora ha venido ? — Á cosa de las cinco, y hará un cuarto de hora que se ha marchado. Despues de comer, escribió larguísimo rato sobre esa mesa.

Registré los papeles que tenia en ella, y entre ellos hallé este billete :

« Muda al instante de barrio ; si viniere á verte un sugeto como » de cuarenta años, alto, seco y rubio, no respondas á sus preguntas sino con alguna ficcion ; guárdate de hablar de mí, que » no tardarás en verme. »

Cumplí exactamente esta órden, y por la mañana ajusté una habitacion en la calle de Montmartre, muy contento con la promesa que me hacia el incógnito de manifestarse en breve. Dos dias despues se presentó en mi casa un hombre parecido al que se mencionaba en el billete ; y apénas entró me dijo : ¿ Vive aqui Mr. de Lonchamps ? — Sí, señor. — Sois vos por ventura ? — Sí por cierto. — Perdonadme, pues, si en nombre de vuestro difunto padre... — ¿ De mi difunto padre ? mi padre vive, y me sería muy sensible el no asegurarlo. — ¿ No sois el sobrino de Mr. Lerval ? — ¿ Mr. Lerval ? no conozco á nadie de semejante apellido. — Creo que os burláis, porque yo sé muy bien quién sois ; á mas de esto, sois tan parecido... — ¿ Á mi padre ? mucho ; pero se halla á mas de cien leguas de aquí, y dudo que le conozcáis. — Sin embargo... — Sin embargo de que me parece que venís equivocado ¿ puedo serviros en alguna cosa ? decidmelo pronto, porque estoy bastante ocupado. — ¿ Intentáis deslumbrarme ? ¿ os han

provenido acerca de mi visita? — ¿Y quién sois vos para hacerme tan indiscretas preguntas? — ¡Temblad de saberlo! — ¿Cómo? ¿amenazas á mí, y en mi propia casa? Salid de ella al instante, hombre imprudente. ¿Por qué razon os dirigís de ese modo á un forastero, que solo ha venido á Paris á negocios particulares? ¿Estáis loco? Miróme el desconocido, y salió diciendo entre dientes algunas expresiones, de las cuales solo percibí: *¡ Ah si no estuvieses tan sostenido!*

Este mismo dia pasé á ocupar mi nueva habitacion, que hasta entónces no estuvo dispuesta, y allí recibí una carta de mi invisible, en que me decia que habia respondido muy bien al hombre de la visita, aunque lo habia hecho con un tono demasiado altivo, lo cual le infundió muchas sospechas; pero que pronto se aclararia todo. Algunos dias despues paró á mi puerta un coche, salió de él una señora, subió á mi cuarto, tomó asiento, y me dijo que queria hablarme á solas. Mandé retirar á mi criado, y luego la señora me dijo así: Caballero, vengo á haceros una restitucion. — ¿Á mí, señora? — Sí, señor: yo debia la cantidad de mil y doscientas libras á vuestro padre, que me las prestó bajo recibo, pero despues de su muerte, habiendo experimentado varios contratiempos, no me he visto hasta ahora en disposicion de satisfacer la deuda. — Señora, venís equivocada. — No: vuestro padre tenia mi recibo; pero sin duda le quemó juntamente con los papeles importantes que entregó á las llamas el dia anterior á su muerte; ya veis que estoy bien informada.

Miré atentamente á aquella mujer, que noté se hallaba algo alterada, por lo que esforzando el disimulo, le dije: Repito que os engañáis, pues mi padre... — Ya os he dicho que le conocí: su esposa, que murió al daros la vida, era mi mayor amiga; no gastéis conmigo disimulos, y tomad vuestro dinero.

Tenia aquella mujer el bolsillo en la mano, parecia que sabia todos los secretos de mi familia, y acaso yo por descubrirlos me hubiera descubierto, á no haber oido la voz de mi criado, que en la escalera cantó estos versos:

No cantes, jilguero hermoso,
que descubrirán tu nido.
los altivos alcotanes
que te acechan atrevidos

Perdí el color, y la mujer me preguntó si me habia indispu-

to; le respondí que sí, y llamé al criado, que entró al punto. La señora insistió en que tomase la cantidad, y yo la aseguré que se engañaba, porque mi padre vivia; que habia oido hablar de los sucesos de uno que llevaba mi mismo apellido, y que varios me habian tenido por él; pero que en realidad yo era un sugeto recién llegado á Paris, y que tenia la dicha de que todavía existiese mi padre. Al cabo de estas y otras razones, concluí suplicándola me dijese su nombre; pero ella se levantó al parecer muy enojada, y salió diciéndome que era inútil se me diese á conocer, una vez que se habia equivocado.

Apénas se fué, mi criado Fermin, que era muy bueno y me amaba, me abrazó exclamando: ¡ Ah señor! ¡ qué bien habéis hecho en no dejaros engañar por esa picarona! — ¿ Por qué? — Apénas entró cuando... yo estaba... allí, en la escalera, limpiando el vestido azul... el que tiene botones de nácar... ¿ No sabéis? — Sí, hombre, sí, prosigue. — Pues señor, aquel viejo, que yo creo es vuestro padre, aunque no me lo queréis decir, vino, y hallándome en la escalera, me dijo: ¿ estimas á tu amo? — Mucho. — Pues si quieres librarle de un gran peligro, canta en voz alta lo que te diré; yo obedecí, el anciano me dió un luis, y escapó corriendo.

¿ Qué nuevo incidente, dije para mí, será este de que he salido con tanta felicidad? ¿ conque esta mujer es mi enemiga? ¿ este hombre que me sigue á todas partes, de todos se deja ver y conocer ménos de mí que soy sin duda el único objeto de sus cuidados! me llena de beneficios y los extiende aun á los que me sirven; pero no por eso deja de ser cruel mi estado de incertidumbre: ¿ cuándo se acabará?

Mas de un mes pasó sin haber ocurrido novedad alguna, y ya empezaba á tranquilizarme. Habitado á los sucesos mas extraordinarios, no me afectaban tanto como al principio. Á la turbacion, al desvelo y á la incertidumbre de mi suerte, á todo me acostumbré; y me entregaba á las diversiones como si tuviera el destino mas feliz y mas asegurado. Mi diversion favorita era el teatro. Fui á la ópera un dia de mucha concurrencia; concluido el espectáculo salí y tomé el camino de los Boulevards, por hacer algun ejercicio ántes de volver á mi casa; vi bastante gente reunida; estaba conmigo Fermin, que me esperó á la salida del teatro, y le dije: Vé á informarte de lo que hace allí tanta gente. Obedeció el criado, y volvió diciéndome, que era una señora muy bien puesta que se habia desmayado, y la estaban socorriendo.

En esto se me acercó un hombre furioso, y exclamó : Ese es el criado de Lonchamps ; le he conocido : ¿ sois vos su amo ? — Yo soy, le respondí. — Traidor, seas el que detesto, ó cualquiera otro, tú ó yo hemos de dejar aquí la vida.

Al punto conocí que era el hombre que me habia visitado, y le dije : ¿ Qué significa ese arrebato ? — Voy á perder á mi esposa ; allí, allí está espirando, y tú y los tuyos sois la causa. — ¿ Yo ? explicaos. — No tengo que dar explicaciones.

Eché mano á la espada, y como yo no la llevaba, paré sus golpes con el baston : al momento nos rodeó un tropel de gente : Fermin se abrazó con mi enemigo, le separó á un lado y le echó en el suelo. Yo, viendo esta escena, estaba inmóvil, cuando sentí que me ponian disimuladamente un papel en la mano. Quedé asombrado, y mucho mas al reparar que solo me rodeaban gentes mal vestidas, que habian acudido al ruido : abrí el papel, y á la luz de un reverbero, hallé escrito con lápiz lo siguiente :

« Huye, sube en un coche pajizo que hallarás en el rincon de » la calle Granje-Bateliere, y serás conducido á parte segura. »

Atónito con este nuevo aviso, quise buscar al que me le daba, cuando se acercó Fermin apresurado, y me dijo : Señor, retirémonos ; el viejo del otro dia me lo ha encargado. — ¿ Dónde está ? — Se lleva á vuestro contrario, el cual parece que le respeta mucho. — ¿ Hacia dónde han tomado ? — ¡ Bravo ! ; á buena hora ! ya estarán muy léjos de aqui, porque habiéndose metido ambos en un coche, juntamente con la mujer del desmayo, han echado á correr cuanto era posible.

Yo no sabia lo que me pasaba ; Fermin me guió, y como á una máquina me condujo á la calle Granje-Bateliere, donde en efecto hallámos el insinuado coche, que no dudé sería propio de mi invisible, ni que probablemente queria llevarme á su casa y manifestármese allí. Miétras yo reflexionaba esto, me dijo el cochero : Vos sois es el que espero ; subid pronto y marchemos. Dicho esto, abrió la portezuela, me dió el brazo, tomé asiento, Fermin se puso á la trasera, y partió el coche como un rayo. Acaso, amigos míos, extrañaréis mi confianza, que en efecto parece peligrosa ; pero yo no dudaba que todo era disposicion de mi bienhechor, y por eso procedí con tanta resolucion. Este respetable anciano habia hablado con Fermin, y yo no podia resistirme á sus consejos. Advertí que me hicieron atravesar todo Paris ; despues me llevaron por mil rodeos ; y conociendo que esto era precaucion por si me seguian, se me ocurrieron muy tristes reflexio-

nes. ¿ Quién soy yo ? dije para mí ; ¿ en qué he ofendido á los malos que me persiguen ? El hombre bárbaro, que me ha asaltado esta noche, atribuye á mis parientes y á mí las desgracias de su esposa ; mi protector dice que llevo sobre mi frente el sello del deshonor ; ¿ qué desdichas son las que rodearon mi cuna ? ¿ qué vida de novela es la mia ? Ya hace diez años que sufro los vaivenes de una suerte injusta, acaso mas por el capricho que por el odio legítimo de los hombres. No sé quién soy, ni á quién pertenezco, ni dónde he nacido, ni me reclama la sociedad. ¿ Cuando se acabarán tantas incertidumbres y persecuciones ? ¡ hombres crueles, terminad de una vez mis fatigas ! ¡ decidme cuáles son mis crímenes, y vengaos si os he ofendido ! ¿ Pero quién es mi enemigo ? ¿ por qué no recurre á las leyes ? ¿ y por qué me quitan la facultad de implorarlas en mi favor ? El bárbaro que queria asesinar-me, y la mujer desmayada, ¿ qué tienen que imputarme ? Pero ellos conocen á mi invisible ; le manifiestan respeto, y entran juntos en un coche : ¡ qué misterio tan profundo ! ¿ cuándo será el dia en que le descubra ?

Haciendo estas reflexiones y otras aun mas amargas, reparé que el coche paraba á la puerta de una casa de campo, simple y aislada, cuyo exterior me era absolutamente desconocido, y tambien sus inmediaciones. Desmontó el cochero, llamó á la cochera, le abrieron, entró, cerró la puerta por dentro, y me dejó en el coche. Fermin me abrió la portezuela, y al instante le mandé que se informara de alguno quién era el dueño de la casa en que estábamos. En esto se abrió enteramente la cochera, se presentó el cochero que me habia traído, é hizo entrar el coche en un patio muy vasto. Un anciano, que parecia ser conserje, se presentó tambien, y con mucha urbanidad me rogó que entrase en una sala baja, donde hallé luz y lumbre. Mi criado quiso salir ; pero le encargaron que me hiciese compañía, y estuvimos los dos cerca de una hora sin que nadie apareciese. Vinieron luego el anciano y el cochero, dispusieron una mesa muy cómoda y me sirvieron una excelente cena. Preguntéles en qué casa estaba, y el nombre de su amo ; pero con mucha sumision me respondieron que tenian órden de no contestar á mis preguntas. Cené, pues, Fermin hizo lo mismo junto á mí ; y despues enseñándonos las camas que debíamos ocupar, se retiraron.

Fermin y yo nos mirábamos atónitos ; no sabíamos si nos hallábamos en algun sitio encantado. El criado, que ignoraba mis sucesos, empezó á asustarse ; y como ya tenia en él mucha confian-

za, le participé cuanto me habia ocurrido. Quedó el pobre mozo tan asombrado, que no podia hablar; pero me prometió secreto y cuanto de él dependiese. Esta conversacion nos ocupó bastante tiempo; y apenas la habíamos concluido, cuando oimos entrar un coche, y luego una voz que conccí era la de mi invisible, preguntó al conserje: ¿Ha llegado? — Sí, señor. — Bueno.

Calló mi invisible, y en vano esperé que se presentara; el gran silencio que luego reinó en la casa me persuadió de que todos se habian acostado. Yo tambien me entregué al sueño, tranquilo en cuanto á mi seguridad, y persuadido que á la mañana siguiente veria á mi favorecedor, que sin duda se habria retirado por hallarse muy fatigado y no ser ya hora de hablar. Estábamos en el rigor del invierno, cuando las noches son tan largas; yo no sabia qué hora era, cuando sentí que alguno me tocaba. La oscuridad mas grande reinaba en la estancia; pero al punto me incorporé, y con tono amenazador y resuelto dije: ¿Quién vá? — Yo soy, Lonchamps, tu amigo, tu protector, y tu desdichado pariente.

Era en efecto mi invisible. ¿Vos, le dije, pariente mio? — Sí, lo soy, y tambien tu único apoyo, pues á no ser por mí, mucho tiempo há que no existieras. — ¿Qué decís? ¿pues quién persigue mi vida. — Dos personas, á las cuales has hecho infelices. — ¿Yo? ¿cómo? — Algun dia lo sabrás, y te llenarás de horror: oye ahora, que los momentos son preciosos. Luego irás á ocupar una casa que he alquilado para ti, situada al fin de la calle del Infierno, y es la última á la izquierda: tomarás el nombre de Vertange, y no saldrás hasta que yo te avise. — Pero por Dios, que me digáis el secreto de... — Es imposible, te perderias y aumentarías mis infortunios. Vendrá un tiempo, y acaso no está distante, en que lo sepas todo; diez años há que trabajo en preparar este feliz instante; pero no ha llegado todavía, aunque no puede tardar. Á un tiempo mismo sabrás tus desgracias y tu felicidad, porque serás el hombre mas dichoso: entónces te agradecerás á ti mismo tu sumision y paciencia. Levántate, despierta á tu criado, y parte al momento. — Por compasion ¡oh vos! á quien oigo con tanto placer, permitidme mirar vuestra respetable presencia: concedme que vea un semblante en que sin duda están impresas la dulzura y la bondad que os caracterizan. — Todavía no puedo complacerte; algun dia sabrás los motivos. Además ¿qué te importa el verme ó no? ¿no me encuentras siempre á tu lado, cuando ménos lo piensas? Ayer mismo ¿no te entregué el favorable

billete que te ordenaba tomasés mi coche y huyeses? Junto á ti estaba, al tiempo de tu pendencia con el insensato que... — ¿Y quién es aquel bárbaro? — No te lo puedo decir. Á Dios, á Dios, querido Lonchamps: parte ántes que amanezca, si quieres complacerme; y sobre todo, guárdate de hacer preguntas á mis criados, pues te expones, y nada sabrás. Abraza á tu protector, y cuenta siempre con él.

Abracé á este hombre admirable que me imponia respeto y silencio; no tuve valor para decirle mas, y le oí cerrar tras sí la puerta de la sala en que yo me hallaba. Muy poco despues entró el conserje con la luz, y me dijo que el coche estaba ya aguardando. Resignado á cumplir hasta los mas leves preceptos de mi protector, que se me hacia invisible mas que nunca, me vestí; y lo mismo hizo Fermin, que lo habia oido todo, sin valor para moverse durante nuestra conversacion. No sin admiracion hallé sobre mi cama un saco de dinero, con esta inscripcion: *Regalo hecho á la docilidad*; lo tomé, y juntamente con Fermin ocupé el coche. Todavía estaba demasiado oscuro para que yo pudiese distinguir los objetos; el cochero con toda cautela dió mil vueltas y revueltas, luego entrámos en Paris, que atravesámos al amanecer, y llegámos al principio de la calle del Infierno, donde nos hizo apearse el cochero, diciendo que tenia órden para no llevarnos mas adelante. Quise gratificarle, pero nada admitió y desapareció al momento. Quedé pues solo con Fermin, y como tenia bien presentes las señas, no tardé en hallar la casa. Llamé; salió á responderme una mujer á quien dije: ¿No es esta la habitacion destinada á Mr. de Vertange? — Sí, señor, aquí es, y apuesto á que vos sois el que viene á ocuparla. — ¿En qué lo conocéis? — En que me han dado muy bien vuestras señas, y porque os parecís mucho al anciano que ha venido á ajustar la casa, pagando adelantado medio año. La habitacion es bonita y muy bien amueblada; creo que os hallaréis contento; venid y la veréis toda. — ¿No hay otros inquilinos? — No, señor, los dos estaremos solos en la casa, y en ella os serviré con todo el esmero de que soy capaz.

En efecto, la casa me pareció como la mujer me la habia pintado: luego que hube descansado un rato, envié á Fermin á traer todos mis efectos que habia dejado en la habitacion de la calle de Montmartre, donde con mi firma se lo entregaron todo. Viví algunos meses tranquilo en este nuevo asilo. Salia muy poco, siempre de noche, y creia que ya estaba libre de la persecucion de mis enemigos, cuando una nueva desgracia me puso á discrecion de